

 PROGRAMA DE
CULTURA

Bpf₀₈

BIENAL PREMIO FEDERAL 2008

letras

Novela Corta
Tercer Premio

Cuatro gatos locos

María Martha Busso

Letras
Novela Corta

PRIMER PREMIO

Robles

Mariano Quirós
Provincia del Chaco

SEGUNDO PREMIO

Monsieur el Rey

Angelina Covalschi
Provincia del Chubut

TERCER PREMIO

Cuatro gatos locos

María Marta Busso
Provincia de Córdoba

PRIMERA MENCIÓN

El informe de la seca

Alberto Rodolfo Tasso
Provincia de Santiago del Estero

SEGUNDA MENCIÓN

El tiempo mata

Agustín Gribodo
Provincia de Buenos Aires

TERCERA MENCIÓN

Sin ánimo de ofender a los dioses

Humberto Hauff
Provincia de Formosa

MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO

Victoria Ocampo elige sombreros en París

Eduardo Elías Rosenzvaig
Provincia de Tucumán

MENCIÓN DE HONOR PROVINCIAL

La otra Anastasia

María Luisa Miretti
Provincia de Santa Fe

Cuatro gatos locos

Bienal Premio Federal 2008

Letras

Novela Corta

JURADO

Federico Jeanmaire (Presidente)

Samuel Bossini (CFI)

Laura de Arriba (NOA)

Ricardo Costa (Patagonia)

Orlando Van Bredam (NEA)

Julio Salgado (Centro)

Ángel Puente Guerra (Cuyo Andino)



AUSPICIAN



 PROGRAMA DE
CULTURA

Bpf₀₈

BIENAL PREMIO FEDERAL 2008

letras

Novela Corta
Tercer Premio

Cuatro gatos locos

María Martha Busso

Buenos Aires, Argentina. 2009

 CONSEJO
FEDERAL
DE INVERSIONES

COLECCIÓN: **PROGRAMA DE CULTURA**

Bienal Premio Federal 2008

Letras

Novela Corta

TERCER PREMIO

Cuatro gatos locos

María Martha Busso

1a Edición

.....350..... ejemplares

CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

San Martín 871 - (C1004AAQ), Buenos Aires, Argentina. 4317-0700. www.cfired.org.ar

I.S.B.N.:978-987-510-082-4

Busso, María Martha

Bienal premio federal 2008, letras. Novela corta, tercer premio : cuatro gatos locos. - 1 ed. - Buenos Aires : Consejo Federal de Inversiones, 2009.
80 p. ; 22x15 cm. - (Programa de cultura)

ISBN 978-987-510-082-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Grafica...TITAKIS SERVICIOS GRÁFICOS

© 2009 Consejo Federal de Inversiones

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de los editores. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Distribución gratuita.

PRESENTACIÓN

El concurso Bienal Premio Federal en Letras, organizado por el Programa de Cultura del Consejo Federal de Inversiones, en 2008 logró la participación masiva de escritores de todo el país, que presentaron destacadas obras en la disciplina de Novela Corta.

Cada trabajo literario seleccionado, algunos de ellos premiados, es un testimonio del talento de los escritores que han dado forma a su creatividad con una madurez en el estilo, con una manera de construir situaciones y personajes, en un clímax donde se desenvuelven dentro y fuera de sus pasiones, que les permite la asimilación de la trama narrativa desde la belleza, una belleza que nos deleita en el recorrido de sus palabras.

En este confluir del CFI en la cultura federal, está presente el compromiso de la Institución de continuar el camino emprendido para promover y apoyar todas las manifestaciones culturales de las provincias argentinas. En ese sentido, este libro demuestra no sólo el excelente trabajo literario del autor, la comprensión y confianza en él, sino también los resultados que se logran a través de nuestra trayectoria.

Felicitaciones por esta obra. En este reconocimiento dejo el deseo de un futuro impregnado de éxitos.

Ing. Juan José Ciáccera
SECRETARIO GENERAL
Consejo Federal de Inversiones

María Martha Busso



Nació en Villa María, provincia de Córdoba. Ha participado en diversos cursos dictados por la Escuela de Letras, de la Universidad Nacional de Córdoba, y en la antología Esperando el miércoles , 3er. ciclo, 2004.

En 2004 y 2005 participó en la Feria del Libro en la ciudad de Córdoba con la lectura de textos propios. Desde 2004 hasta la fecha participa en el taller de escritura individual de la escritora Susana Cabuelti y en el taller de análisis literario con la Lic. María José Carreras. En el 2007 obtuvo el premio “Concurso de poesía y relatos inéditos”.

“Crean que no pasará nada
porque han cerrado la puerta”.

Maurice Maeterlinck

NOCHE 1

EMMA

Para alcanzar la paz del cielo es preciso morir. Y es lo que deseo. Pero Dios no me acogería en su santa gloria si me quitara la vida, debo esperar su voluntad.

Llevo años sin poder perdonarte Joaquín. ¿Dónde estarás? Quisiera subir a lo alto de la colina y gritarte para que vuelvas, aunque tal vez ya estés enterrado en algún lugar que no imagino.

Si volvieras ahora verías que se me ha secado el cuerpo, que mis ojos son turbios y tengo el pelo blanco. Y como si fuera poco, un pecho menos.

¿En qué me he convertido? Tu alemana de ojos de agua ya no existe, por tu culpa. El acordeón y tu piel fueron mi ruina. Ojalá te estés pudriendo o tu recuerdo me sirva para morir más rápido.

Estoy cansada. No fue fácil sobrevivir en este hueco helado del fin del mundo, sola con las tres nenas. No tuviste piedad de nosotras. Debieras ver en lo que se convirtieron nuestras pequeñas: una casi prostituta, cantando por las noches en este bar de mala muerte, con los labios pintarrajeados y medias de red. ¿Cómo lo permití? Yo no permití nada.

La otra sin hablarme desde hace años, raramente escribe manteniéndome al tanto de su vida, que por cierto es mejor que la nuestra.

Y la estúpida de Amalia, que era inteligente y podría haber estudiado, para irse de acá, se casó con ese guardabosque paraguayo, viejo y desdentado, que le hace creer que la salvó llenándola

de hijos y apartándola de mí. Viene a verme los jueves con un pan recién horneado. Huele a humo y a levadura.

¡Qué horror! Cuando mi vida me pertenecía y estabas a mi lado, mis sueños eran otros, yo les tenía reservado el mejor de los futuros. Pero tuviste que dejarme y torcer el destino. No voy a perdonarte. No quiero hacerlo. Morir es lo que quiero.

NOCHE 2

MENSAJES PARA LA COMUNIDAD

No importa quién soy, pero es preciso que crean lo que voy a contarles: que Joaquín vuelva es imposible y Emma lo sabe, y sería peor si regresara. No podría reconocerla. La sombra se impuso en los ojos de la muchacha casi etérea, que una noche lo esperó a la salida del club, seducida por su música, sucumbió a sus brazos e ingenuamente lo siguió “ hasta una meseta helada del fin del mundo, un lago y un bosque infinito” para encontrar a las musas que necesitaban sus veleidades de compositor. Desoyó a su madre cuando le dijo: los músicos son todos locos, te vas a morir de hambre, acordate. Qué importaba. Vivir con él, con su música, hijos y nieve.

Pero en el bosque infinito encontró rudeza y desolación. Un aserradero, obreros chilenos, analfabetos, explotados. Hombres solos, algunas pocas familias con mujeres castigadas e hijos escuálidos. Una escuela y el destacamento de policía.

Todo hubiera sido posible si Joaquín esa tarde de abril, con el acordeón en una mano y los ahorros en la otra, no se hubiera ido.

Pasaron dos días. Irene y Amalia estaban en la escuela. Emma lo esperaba. Sintió los primeros dolores de parto. Eran las seis de la tarde. Llovía. Se sentó en la mecedora junto a la ventana y encendió la radio.

“Mensajes para la comunidad: mensaje para la señora Bahamonde, su prima dio a luz un varón de tres kilos y medio, la madre y el niño se encuentran bien. Mensaje para Ruth Noemí

Torres, su padre está internado comuníquese con el hospital a la brevedad. Mensaje para, aquí no dice para quien, leo textual: Ojos de agua no me esperes, no te culpes, sólo quiero empezar de nuevo.”

Así la llamaba Joaquín, Ojos de agua.

Esa noche, que olía a tierra mojada, en la absoluta soledad del abandono nació Corina. Juana Oyarzo, la mujer del capataz, que ya tenía siete varones, la ayudó a parir. “A pura vela nomás”. Sola, sin luz ni consuelo, Emma pujó aferrada a una foto carnet de Joaquín. Cuando le acercaron a la bebé, que lloraba al unísono con la madre, Emma interpuso el retrato entre la minúscula cara y su pecho. Era todo lo que Corina recibiría de su padre, un húmedo contacto de papel brillante.

Cuando la niña estuvo limpia y alimentada, Juana Oyarzo se ocupó de Emma. Estaba exhausta, había perdido mucha sangre y se la veía pálida. La buena mujer, que siempre le había tenido simpatía, dispuso sábanas limpias, le cubrió los hombros con su chal y le frotó los pies, buscando confortarla. ¿Qué hubiera hecho sin ella? Acostó a las nenas más grandes y mandó a su hijo al aserradero diciendo que pasaría la noche en la casa. Preparó un caldo de gallina con avena y se lo llevó a la cama asegurando que la avena “le dará más leche”. Emma, tenía la mirada fija en la ventana oscura. La señora Oyarzo que sería analfabeta pero no era tonta, entendió que no debía preguntar por Joaquín, como si hubiera muerto. Emma, agradecida, cerró los ojos. Juró que lo olvidaría.

NOCHE 3

SILENCIO

La culpa de todo fue de mi madre. Vino a visitarnos al final del verano, sin avisar. Vi que se acercaba, sola, caminando entre las lengas ocre y coloradas. La reconocí por su andar, corrí a su encuentro.

No pudo disimular su incredulidad. Pero era una mujer que se esforzaba para que la vida fuera poesía y aún en los peores momentos transformaba lo malo en “especial”.

Este le parecía “un regio lugar para crear”, las niñas crecerían amparadas por el “sosiego que transmite el acordeón”, Amalia era una “belleza serena”, Irene “una actriz de cine”. Tantos adjetivos delataban su disgusto.

Me trajo de regalo unas sandalias blancas con plataforma de corcho y un set de maquillaje y a Joaquín, una afeitadora eléctrica, olvidando nuestra nueva realidad.

Su viaje debía ser “exótico”. Preparaba recetas de cocina típica, llevaba a las niñas a juntar los últimos calafates con un cesto con moños rosados, usaba una ridícula capelina. Y descubrió que el silencio existía. Reconoció su sonido.

Por las tardes salíamos a caminar, nos internábamos en el bosque, deteniéndonos en los lugares de mayor espesura “escuchen, decía, escuchen el silencio. No tengan miedo, cierran los ojos y callen un minuto: así es estar muerto”. Busqué tu sonrisa cómplice, Joaquín, encontré en cambio tus ojos alucinados, como si las palabras de mi madre te hubieran develado una gran verdad.

Una semana después de su partida fuiste al pueblo a comprar

viveres, antes de la primera nevada. Vi que te alejabas por el camino y supe que nada bueno sucedería. Llevabas el acordeón. Te detesto, Joaquín ¡Cómo pudiste! Quedé sola con el vientre a punto de estallar. Cuando escuché “ojos de agua” en la voz del hombre que leía los mensajes, sentí que era cierto y definitivo, igual que si hubieras muerto. Debía sobrevivir y construir sobre el dolor y el abandono. Las chicas escucharon de mi boca no tu fuga, sino tu muerte. Muerto y calcinado en un incendio. Eran tan pequeñas. Lloraron a su padre un tiempo y yo la humillación toda la vida.

Te juro Joaquín que el odio y este secreto morirán conmigo. Lo llevaré a la tumba de esta tierra congelada y perversa que elegiste para mí. Si no lo hago, querrán buscarte y mi dolor durará para siempre.

NOCHE 4

SOBREVIVIR

Emma logró sobrevivir. Desarmó atriles, vació la biblioteca e incendió los cancioneros una noche que no logró dominarse. Empezó a tomar whisky para ahogar su desasosiego y evadir las pesadillas que llegaban del cuarto de las niñas. Cada vez era más dificultoso conseguir alcohol y dinero.

Su madre vino por segunda vez con sus ridículos atuendos y regalos. Trató de persuadirla para volver al norte. Pero Emma se había obstinado en demostrar que ella podía. Joaquín no era necesario. No negociaría su dignidad. Aunque nunca lo confesó volver le daba vergüenza. Vergüenza de víctima.

“Dejame llevar las nenas, decía, si vos querés morirte en este pueblo del infierno, hazelo. Pero no tenés derecho a arruinarles la vida a mis princesas. ¿Qué les espera aquí? Ustedes son cuatro gatos locos, con los que te rodean no hacés uno” Tuvo la piedad de no decir “viste, te lo dije, me hubieras hecho caso”.

Emma rogó que fuera su última visita. La pobre mujer murió antes que sucediera lo que voy a contar.

Sus dificultades con el dinero recrudecieron, primer rasgo en común con los hombres del aserradero que compraban en la proveeduría vecina a la gamela que los alojaba, jabones, azúcar y arroz a precio de oro, como si la explotación de que eran víctimas no fuera suficiente. Además de la prohibición de la venta de alcohol y su incipiente adicción, llevaron a Emma a poner en su puerta un cartel con letras fileteadas: “Cuatro gatos locos, Bar”.

Como vivía fuera del aserradero podía vender vino, ginebra y caña, bien aguados y a precios exorbitantes. Logró sobrevivir.

NOCHE 5

LA CUECA

En esta casa se acabó la música, juré cuando te fuiste. El bar es silencioso, salvo alguna cueca que les permito entonar cuando están borrachos. Dejan cada viernes casi todo su pago semanal. Cada vez más caro les cobro, cada vez pongo más agua en la ginebra para que dejen de venir, porque son tan desagradables Joaquín. Miran mi corpiño con los ojos brillantes y el rostro enrojecido. Aumento de a diez pesos la copa cada hora. Antes de medianoche cabecean en los bancos. Aprovecho y cuento los billetes que voy acumulando en el bolsillo del delantal. Si es suficiente les digo que esto se acabó por hoy señores, ellos se paran y en silencio, como si salieran de misa, se alejan haciendo eses por el camino.

¿Que me respetan? No. Me temen. De otra manera no hubiera sobrevivido en esta tierra inhóspita del fin del mundo, sola con las tres niñas y tu abandono.

NOCHE 6

UN DÍA DETRÁS DE OTRO

Le temían, es cierto. Emma se convirtió en una mujer ruda y áspera.

¿Qué pensarían ahora, si supieran que puede vivir sin dormir? Aparte de su descaro, creerían que tiene poderes sobrenaturales.

NOCHE 7

IRENE

Cuando me descubrieron el cáncer, Irene empezó a cantar. Está bien, pero sólo cuecas y te cerrás bien el escote para no provocar, accedí. Acató lo del escote pero no conseguí que se sacara la flor roja, regalo de mi madre, que se ponía detrás de la oreja. Se veía bella, casi sensual a pesar de sus catorce años, sus pechitos incipientes y su vestido negro. Te imaginaba a su lado, Joaquín, orgulloso.

Tembló al principio, pero los hombres respondieron mudos al encanto de su voz. Sé que lo percibió porque después de la primera noche se mostró segura.

Al otro día vino la maestra. Dijo que era inmoral, que no me alcanzaba con robarles a los obreros, los alcoholizaba, fomentaba el juego y como si fuera poco, ahora prostituía a mi hija. Prostituir, dijo. La eché, que se ocupara de sus cosas o me encargaría yo de que perdiera su puesto. Se fue. Ya en esa época me acusaban de ser la amante del comisario Martínez. Me convenía, nada estaba más lejos de la verdad.

Irene dejó el colegio. Esa mente timorata no “educaría” a mi hija.

Hubieras estado de acuerdo.

NOCHE 8

EL COMISARIO MARTÍNEZ

Pasaron cinco años de la partida de Joaquín. Emma seguía pendiente de los mensajes que la radio transmitía puntualmente a las diez y a las seis. Una tarde se sobresaltó al escuchar: “Ojos de agua, es tiempo de que vengas a mi lado. He construido una casa para nosotros en medio de la selva chaqueña”. Estaba realmente loco. Como si lo tuviera planeado Emma corrió al destacamento de policía. Para su suerte el comisario Martínez estaba solo y pudo convencerlo de enviar una carta con membrete oficial informando que el bar denominado Cuatro gatos locos, había sido completamente destruido por un incendio y “lamentamos comunicarle que la familia propietaria pereció en el siniestro. No hay sobrevivientes”. La envió a la dirección que indicaba el mensaje radial, sabiendo que el comisario de alguna manera se lo cobraría. Empezó un nuevo sufrimiento.

NOCHE 9

CORINA

Que abusara de Corina fue el precio que debí pagar por el silencio del comisario Martínez.

Llegó una tarde a caballo, Corina era ya una jovencita atractiva. La invitó a montar, sentándola a horcajadas delante de él. Demoraban. Comencé a impacientarme. La vi llegar con las mejillas encendidas como si tuviera fiebre. Sin despedirse ni agradecerle corrió a la casa. Lo miré jurando que me vengaría. Seguí a mi hija, estaba en la cama vuelta de espalda, con la cara junto a la pared. Primero la tomó de la cintura, después le metió la mano por debajo del cangurito de plush que llevaba. Le tocó los pechos aferrándola contra él susurrándole que había que calentarse para no tener frío. Hijo de puta. El miedo y la rabia me paralizaron, no supe que decir, se veía tan pequeña.

A la mañana siguiente, sin desayunar, me dijo que se iba.

Vos no entendés nada, le dije, y le di una bofetada.

Corrí al bosque donde oíamos el silencio y lloré bendiciendo su decisión.

NOCHE 10

LUNA LLENA

Mi presencia aún no se advierte en esta noche de luna llena. Cae una escarcha sin piedad y Emma está sentada en su mecedora. Se hamaca suavemente, está llorando. Se la ve avejentada, ha perdido peso porque se ha dado cuenta que el hambre la mantiene despierta y acelera el proceso. El letargo de la mecedora y los recuerdos dolorosos pueden doblegar su voluntad. El bar ha cerrado hace horas. Se levanta y nerviosa camina de una punta a la otra de la cocina.

NOCHE 11

INVASIÓN DE LAS RATAS

Oigo un ruido, Joaquín, tal vez han llegado. ¿Estabas aquí la primera vez? No veo nada, pero ya les toca. Invaden la isla cada cuatro años. Dicen que vienen en los buques de carga ¡Ojala sean! Me mantendrían despierta. Los demás entran en pánico, tienen aversión por las ratas. Si no hacen nada esas pobres criaturitas de Dios, indefensas. Me divierte verlas en las ventanas, tratando de colarse por cualquier resquicio. Las dejaría entrar, pero a Irene la impresionan. La última vez, Amalia llegó desesperada. Amanecía. Se había dormido intranquila, atenta a los ruidos, temiendo que alguna entrara a la casa. Oyó que el bebé se quejaba en la cuna, encendió una vela, una rata estaba mordiendo la bombacha de goma. Ni para eso sirve ese guardabosque. Podría haber hecho algo para evitarlo, sabiendo el miedo que les tiene la pobrecita. Desde ese día, Irene ni siquiera las nombra, dice que si los roedores vuelven ella es capaz de irse. Eso me aterra, no las ratas.

NOCHE 12

SEMEJANZAS

Sus conflictos me seducen. Empiezo a descubrirla, la domina el abandono de Joaquín y el de Corina, en cierta forma también el de Amalia y usa a Irene de escudo. Pero ha construido una imagen distinta: la hacen temible sus temores. ¿De qué otra manera se entendería que ninguna de sus hijas se atreva a preguntarle por qué no duerme? No toman las riendas de la situación, no preguntan por Corina. Ni siquiera sospechan que recibe sus cartas. Aceptan, como si la tierra la hubiera tragado.

Irene es callada, servicial y virgen, Emma le enseñó a desconfiar de los hombres y adquirió un poder sobrenatural para evitar que se le acerquen, cuando es la única mujer deseable, cuando noche a noche los seduce con su voz moviendo sus caderas angostas y firmes como las que nunca parieron.

Emma se encarga de mostrarle la vida de las mujeres vecinas, una mísera casilla de madera cercada por barro, una salamandra que empaña los vidrios y ahúma el ambiente, un cordel que va de pared a pared de la sala para colgar la ropa, jóvenes rudas de tanto hachar leña. Eso es todo lo que un hombre podría brindarle. Ejemplos sobran: la Barriá Barrientos, la de Vidal, la Oyarzo Oyarzúm y lo que Emma no quiere digerir: su Amalia.

NOCHE 13

HUMO Y LEVADURA

Irene se ha dado cuenta. Ella conoce mi respiración dormida. Seguro le ha contado a Amalia, porque hoy llegó la samaritana con su aura de humo y levadura. Me trajo una mañanita al crochet celeste, dijo “te ves preciosa mamá, te resalta los ojos”. Preciosa. ¡Qué idea tiene esta chica de la belleza Joaquín! Con ese gusto empiezo a entender que se enamorara del guardabosque. Tiene la actitud de una mujer bien reconfortada, se ve que el hombre hace lo suyo. Falta que ahora, a la vejez, tenga que agradecerle que al menos alguien sea feliz en esta familia. Me cortó el pelo, suavemente me masajé la cabeza, se me cerraban los ojos. Estás cargosa hoy Amalia, le grité. Juntó el cabello del piso, vi que se le caían las lágrimas. Le agradecí la mañanita.

NOCHE 14

ONA

El corte de pelo no fue casual. Irene y Amalia están preocupadas. Ven como Emma se ha deteriorado, pierde peso, arrastra los pies y el cansancio se refleja en sus ojeras. También los temblores por la abstinencia de alcohol son cada vez más violentos. Es imposible que alguna de las dos se atreva a preguntarle qué le sucede, lo que no quita que se aflijan por el prolongado insomnio. La situación las excede. No hay un cura que rece por ella, ni un médico que recete somníferos. Pero tienen al indio. Para todos los males está Tino, el último descendiente de onas de la isla, capaz de curar cualquier mal, con un mechón de pelo del enfermo.

NOCHE 15

PROYECTO EOLO

Esto está cambiando, Joaquín, falta que nos manden un cura. ¿Alcanzaste a conocer a Tino? El indio, el que cría guanacos al lado del lago. Si vieras que buen hombre resultó. Necesito whisky, no aguanto más sin tomar, Joaquín, estoy desesperada, no paro de temblar, pero no puedo dejarme llevar, al primer trago caería dormida. La llegada de Tino me distrajo. Hace mucho que no voy el lago y me contó que han construido un observatorio, justo entre su casa y la hostería del Automóvil Club. Enorme. Con una cúpula anaranjada que se abre para mirar el cielo, se llama Proyecto Eolo.

Es la única persona confiable. Agradezco que sea parco y tímido, me ha ahorrado tener que pararle el carro. Nunca se quiso proparar conmigo y menos con las chicas. Cuando va al pueblo, pasa a preguntar si necesitamos algo. Se encarga de traerme cosas de la farmacia y por pura amabilidad me regala el diario, que con Irene leemos pausadamente para que nos dure toda la semana. También sabe cómo encontrar a Corina, es quien me trae sus cartas. No pregunta por qué no le contesto.

Dicen que es curandero porque conserva sus costumbres tribales. Son tan imbéciles los de acá que no lo valoran, todo porque es indio.

Te digo la verdad, Joaquín, más de una vez cuando veo acercarse su desvencijada camioneta pienso qué buen candidato sería para Irene. Trato de dejarlos solos, pero cuesta tanto arrancarle una palabra al pobre, que es imposible que lleguen a algo. Mejor así, qué sería del bar y de mí si Irene se fuera.

Con el único que parece pasarla bien, es con el guardabosques. Van siempre al Turbio a pescar truchas.

NOCHE 16

EL GUARDABOSQUE

No es el gusto por la pesca lo único que los une. Son dos buenas personas. ¿Qué aborrece Emma de su yerno? No sólo que sea mayor que Amalia y esté perdiendo los dientes. Sabe lo que cuesta mantener una familia con cuatro hijos, esposa y hasta su madre. Pretende que le sobre para dentista.

Olvida que también quiso ayudarla ofreciendo que viva con ellos para alejarla del alcohol. Él y Amalia intentaron que transformara el bar en un decoroso almacén. Ella se excusó, no sería una carga para nadie. Marcaba así la diferencia con la madre del guardabosque, una anciana perdida en su pasado de costurera, que sonriendo bordaba imaginarios trajes de novia como los que durante años confeccionó en su lejano Paraguay. ¿O lo detesta por ser paraguayo? Porque Emma, sin esforzarse se ha vuelto despiadada. A mi no me engaña. Desprecia a los paraguayos, a los del pueblo y a los chilenos. Colabora con la explotación cobrándoles intereses desmedidos, organiza esas absurdas tómbolas quincenales en la que todos pierden. Pudo hacerles caso a Amalia y a su “paraguayito” y vender artículos de primera necesidad. Pero Emma es así, el dolor en vez de hacerla más buena la hizo cruel. Basta oírla para saber cómo cocina sus rencores.

NOCHE 17

EL BALIDO DE LAS OVEJAS

Siento un fuerte mareo y ganas de vomitar. Acá en el sur creen que “cantar a voz en cuello, pasa la náusea” costumbre que trajeron los ingleses de las estancias. No creo que sea cierto.

Un método de tortura es mantener a la víctima despierta. Nadie sobrevive sin dormir. Debo evitar que el sueño me domine. Dejarme morir no será suicidio. Dios dispondrá cuántos días con sus noches puedo soportar la vigilia.

Cuando era chica, mamá nos enseñaba: los perros ladran, las vacas mugen, las ovejas balan. Me he dado cuenta esta noche del balido de las ovejas, un sonido permanente en este lugar. Es lo único que se escucha. Nos decía, quédense quietecitas, cierren los ojos y cuenten ovejas. Ahora es lo contrario, necesito algo que me mantenga despierta. Descubro todo lo que dejé de hacer por tu culpa, Joaquín y me doy cuenta que: Nunca más escuché un trueno, ni vi un relámpago, ni fui al cine, ni tuve televisor.

Nunca más fui a la peluquería, ni me depilé, ni sentí calor, ni regué descalza.

Nunca más vi una monja.

Nunca más usé tacos altos, ni bailé.

Nunca más fui a un cementerio, aquí nadie envejece, a este lugar le hace falta un muerto.

No he vuelto a saber de mis primos desde que mamá murió.

Nunca más abracé a nadie, ni me besaron. Tampoco he vuelto a hacer el amor.

Nunca más tuve una amiga.

NOCHE 18

CANAL BEAGLE

Siempre miente. Para la guerra del Beagle, como dicen los fueguinos, Emma siguió siendo igual. Tuvo miedo de ser amiga de su huésped.

NOCHE 19

CARNE CON MOSCAS

Me siento sola Joaquín. No sé qué he hecho, nunca rechacé a nadie. Sólo me di mi lugar. ¿Qué pretendían que me hiciera amiga? Son distintos Joaquín, y desagradecidos. Nadie se acuerda cómo vivían antes de los “Cuatro gatos locos”, no había lugar para divertirse, no hubieran probado una ginebra si no fuera por mí, he sido condescendiente permitiéndole a Irene que cante, al principio cuecas, lo hice por ellos, para que se sintieran a gusto y recordaran su tierra. ¿Para qué? Vieras cómo me miran. Sólo a vos te conmovieron mis ojos de agua querido, no sirvieron más. Soy una extraña, a pesar de todo lo que aguanté. Hasta con aquella familia que alojé durante la guerra.

Un milico me pidió que albergara a su mujer y sus hijos. Temían que atacaran la base naval donde vivían. Debí haberme negado. Pensé que las chicas tendrían oportunidad de estar con gente como nosotros. Perdí demasiada plata aquellos días. Si hubieras visto Joaquín, tropas enteras escondidas en los bosques ¿Te imaginás las ginebras que hubiera vendido? Y la pobrecita Irene podría haber conocido a alguien que le asegurara el futuro. A Dios gracias creo que quedará para vestir santos. ¿Quién se animaba entonces a negarle algo a un milico? Y menos acá, hay más milicos que gente. Irene se divertía con los niños y yo por unos días me olvidé de vos. La mujer me contaba cosas de la ciudad que yo había olvidado. “¿No te gustaría volver?” me dijo ¿Volver a dónde? No estaba yo para semejantes pavadas, perdiendo la oportunidad de ganar como nunca. Decidí que había llegado

el momento de ir terminando con la farsa de “los refugiados de guerra”. Son tan grandilocuentes. Ese mediodía fue a sacar la carne de la fiamblera, “tiene una mosca” me dijo pálida. Sacala, le contesté.

NOCHE 20

FRÍO

La soledad la ha vuelto insensible. Voy acercándome, no lo suficiente. Dejaré que el frío prosiga. Los temblores de la abstinencia y el hambre la debilitan. Los mareos no ceden. No tengo voz pero me sobra poder. Emma bosteza, cabecea, los ojos se le cierran. Se para, camina. Siente frío. Todo es insuficiente para que su deseo se cumpla.

NOCHE 21

MIEDO

Veinte días con sus noches sin dormir. Si me vieras, Joaquín. Amaneceres húmedos, árboles de cristal, atardeceres violetas y el bar, las cuecas, Irene, Amalia, el guardabosque, la noche oscura, inmensa, el frío, tu voz. No recuerdo tu voz, ni cómo sonaba cuando decías “ojos de agua, venga para acá” y me tomabas de la cintura, aferrándome contra tu cuerpo que olía, ¿a qué olía, Joaquín? A colonia no, a jabón, o era tu transpiración ácida y pegajosa, no, no puede haber sido, no me hubiera gustado. Lo que me gustaba era que metieras la mano debajo de la falda mientras levantaba la mesa, me tocabas las piernas. ¿Hacías eso? O era el guardabosque que acariciaba a Irene, digo a Amalia y yo la envidiaba y por eso me parecía sentir tu mano en mi pierna, tu mano fría, no, no puede ser, vos nunca tenías frías las manos, por eso me gustaban. ¿O la mano me la metió el guardabosque? ¿Qué me pasa Joaquín? No me acuerdo. Tengo miedo. Mejor sin manos y mudo, mucho mejor, así no podés contestarme. Yo te odio Joaquín, te odio.

NOCHE 22

ESTALACTITAS

No le crean. No está perdida, se consume en el sopor de un leve adormecimiento. Pero los temblores la devuelven a la realidad. Entonces grita. Su voz retumba como un trueno en el debilitado cuerpo. Le grita a Irene porque conoce el poder que ejerce sobre ella. Los pedidos de Emma son órdenes que nadie se atreve a ignorar. Menos Irene, sometida toda la vida, que calma su desasosiego mirándola y reconociendo el sacrificio y la protección, a pesar de la acostumbrada ira de su madre.

Aunque sabe que no debe hacerlo, obedece. Corta una estalactita del techo y sirve el whisky que le pide. Quisiera abrazarla, decirle que no tema, pero aún hoy, en superioridad de condiciones, calla. Una vez más, Irene calla.

NOCHE 23

CANSANCIO

Andan todos dando vueltas. Me están cansando Joaquín, no los soporto. He probado no hablar pero insisten, cada uno a su manera. A Irene le escupí el tilo en la cara, Amalia me asfixia con su olor a humo y como si fuera poco tengo que escuchar al que te dije. ¿Preocupado? No le importa nada de mí. A ese lo único que lo conmueve es Amalia, la vieja esclerótica de su madre, las truchas y los conejos. Ni sus propios hijos le interesan, si lo hiciera tendría un trabajo como Dios manda y les daría una vida mejor. A mí no me engaña, es un vago, con ese disfraz verde que se pone y el machete en la cintura, se cree el guardián de la naturaleza. Encima, paraguayo. No te hubiera gustado Joaquín, creeme.

NOCHE 24

INMIGRANTES

Emma piensa que su yerno y los obreros del aserradero son parcos, cerrados, brutos. Nunca entendió que tras sus miradas esquivas, el saludo temeroso, la docilidad, están pidiendo perdón por sus presencias, quieren ser disculpados a fuerza de humildad y servilismo.

Ella olvidó que también es una extraña en estas tierras. Y su condición, peor que la de aquellos que juzga. Esos hombres son dignos, crían a sus hijos con esfuerzo, agradecen que este lugar les haya permitido estar mejor aunque sólo alcance para comer. No se quejan. Si nadie se acercó a ella fue porque no lo permitió. Se creyó superior, diferente, no una cualquiera para andar mezclándose con esos “chilotes”. Fue incapaz de tender una mano, de aceptar que nadie está aquí por gusto sino porque es la única salida. Rechazó a todos y no porque las ventanas estuvieran cerradas y hubiera trabas en las puertas.

NOCHE 25

MISERIA

La miseria es lo único que abunda aquí Joaquín. Vieras cómo viven, cada vez peor. Ni ahorrar pueden. Apenas les alcanza para comer. Las casas destartadas, sin luz. Los que viven dentro del aserradero al menos tienen agua. Los demás la acarreamos desde el lago, con lo lejos que queda. Y el clima impiadoso, nieve, viento, deshielo, barro. Frío permanente.

Está amaneciendo, las ramas de los árboles están heladas, aún me gustan, parecen de cristal.

Lo demás es horrible Joaquín, el modo de hablar, los dientes arruinados. Sabe Dios cuánto me ha costado que las chicas hablen bien, lo que no he podido evitar es que digan “está yelando” o “voy donde el Juan a buscar un capón”. Ya no las corrijo, hasta aquí llegué. ¿Sabés cómo se siente que una hija tuya hable como estos brutos? No, qué vas a saber. No vale la pena insistir, nadie se da cuenta, al contrario. Amalia es la peor y sin embargo hasta tiene amigas, la chica esa, Ruth Noemí Torres es la mejorcita y como están mucho juntas le copia los modales. No como los borregos de los Oyarzo que ni el papel higiénico conocen. Vino una vez la más chica, desenrolló todo el papel ¡un rollo nuevo! Enterito lo tuve que tirar. Revisó todo. Hizo pis con la tapa cerrada, la descubrí porque la secó con la toalla de mano y preguntó para que servía el bidet. No habrá agua, pero al baño lo hice instalar completo. ¿Te das cuenta Joaquín? Miseria. Por eso no contesto las cartas de Corina, no quiero que vuelva. Ya pasó lo peor. Se dará cuenta que gracias a mi silencio tiene una

vida mejor. Es demasiado sensible esa chica, de haberle permitido volver hubiera preferido quedarse con sus hermanas. No me vengan con el cuentito de que sin familia no se puede vivir. ¿Qué más quiere? Cocinera en la Misión de los Salesianos, casa, comida, un buen sueldo y mejor cuidada que ahí no va a estar en ningún lado. Al menos una terminó el colegio. Y es del coro de la iglesia. A esa también le metiste la música.

NOCHE 26

CONSEJO

Emma continúa despierta. No puede dejar de recordar a su madre. Que los músicos son todos locos, le decía.

NOCHE 27

EL BAR

¿Cuánto puede soportar esta mujer sin dormir? Tendrá una muerte lenta y penosa. Mírenla, detrás del mostrador. Nadie percibe los trastornos de su cuerpo, disimula el cosquilleo de los pies, las manos adormecidas y ese mareo suave y permanente. Parece ajena a las canciones, a las risotadas vulgares de los hombres con copas de más. Continúa palpando los billetes que guarda en el delantal, llevando la cuenta exacta de lo que acumula en desorden. Anota con letra temblorosa, los nombres de los que quedan debiendo en su pulcro cuaderno, agrega intereses que arrojarán un saldo desmedido. No duda en recibir como garantía, una medalla de bautismo.

Irene se ha bajado el escote más de lo permitido, como si también hubiera bebido. Esto se acabó por hoy señores. Hay silbidos, risas, muestras de que percibieron su debilidad. Y no sean desagradecidos, les estoy cuidando el bolsillo.

Antes de que el último hombre se marche Irene levanta las sillas, Emma la mira: Por tu escote mañana no abrimos. Sabe Dios lo que pierdo, pero la nuestra es una casa decente. No le dice que vendió esa noche más que en una semana.

NOCHE 28

OSCURIDAD

El silencio me está alterando, no se oye ni un suspiro. Parece que hasta los perros contuvieran el aliento en espera de la luz del alba.

¿Cómo es que el universo continúa su historia mientras todos duermen? Es larga la noche, las horas son cada vez más lentas y el último leño se mantiene encendido hasta que a la mañana alguien lo atice y vuelvan a encenderse las llamas azules, doradas, crepitantes.

¿Qué es la noche Joaquín, sino un tiempo de estar muertos aunque la vida siga su curso sin que nadie intervenga? Crecen borregos en los vientres de las hembras, niños en los de las mujeres, estertores de agonías en el silencio oscuro. Cae una escarcha impiadosa para desvanecerse también con el sol de la mañana. Sueñan amores los jóvenes en sus almohadas, los pequeños recuperan fuerzas para corretear durante el día. Las aves empollan, los pastos crecen, envejecen los árboles y las personas, los techos se deterioran porque el tiempo pasa igual, sin detenerse, aunque todos duerman.

La nieve se acumula, ensancha los caminos, esconde arbustos, se aposenta sobre las ramas de las lengas y los ñires. Lo estoy viendo pero nadie se da cuenta. Despertarán, abrirán las cortinas, mirarán el paisaje que transformó la noche.

También el milagro de la vida sucede en este lapso de muerte. Un hombre ama a una mujer, hay besos, caricias, juramentos secretos. El hombre se introduce y deposita vida, pero luego,

duermen, plácidos, inconscientes de la enormidad de su acto. En otras noches, en otros cuartos, la gente llora sus penas. O diseñan futuros inútilmente. Se puede pasar la noche en vela imaginando un hogar, un porvenir, la felicidad. Los planes crecen al mismo ritmo que en la cama tu hombre teje los propios, piensa en dejarte. Y llega la mañana y decide llevar a cabo sus proyectos destrozando los tuyos.

Y vendrá otra noche, enorme y callada y otra más. Y mientras todos duermen yo trato de olvidarte y de morir.

NOCHE 29

VIENTO

Las cinco de la madrugada. Emma aparta la manta que la cubre, enojada con el hombre de su desdicha.

Una ráfaga de viento del sur abre la ventana. El frío la distrae del adormecimiento de las piernas y del peso de la espalda. Su ira la fuerza a caminar erguida, alrededor de la mesa, esperando la luz de la mañana.

NOCHE 30

EL DIOS DEL OLVIDO

Lo que creía olvidado vuelve a mí sin compasión. ¿Existe un Dios del Olvido, Joaquín? No es perfecta la creación como nos enseñan, acceder a la muerte es un proceso doloroso y nadie nos avisa. El llanto de la criatura que ve la luz es único e interminable. El dolor de morir atraviesa nuestra existencia uniendo la primera y la última hora.

Regidos por el sin sentido intentamos aquietar los suplicios que se acumulan en los túneles de la memoria, para terminar derrotados.

NOCHE 31

TANGO

Irene se desplazaba por los pequeños espacios entre las mesas, tomada de la cintura de un bailarín imaginario y con voz vidriosa, que no parecía de ella, logró que todos se volvieran a mirarla, perplejos. Hasta Emma, que contaba billetes pretendiendo restar importancia a la llegada de Martínez, el comisario. Irene bailaba, casi sin apoyar los pies. Los rústicos inmigrantes, los fuertes trabajadores del aserradero aplaudieron respetuosamente, como si fueran espectadores de una función de gala, el tango que Irene cantó por primera vez, contraviniendo la orden de Emma que sólo le permitía algunas cuecas. Irene abrió los ojos mirando de frente al comisario, mientras a Emma se le caía una botella de ginebra. Desde el mostrador anunció: esto se acabó por hoy señores, vamos, afuera, es hora de cerrar. El único que no obedeció fue Martínez, que seguía los movimientos de Irene, lo que Emma entendió como una amenaza ineludible.

A tu cuarto Irene, Debo acomodar mamá, Tendrás tiempo mañana, No podemos dejarlo así, Que te vayas a dormir he dicho. Irene acepta.

Parece que no entiende Emma, sonrío Martínez. Emma apura un whisky: Mi deuda está saldada. ¿Saldada? No se haga la tonta Emma.

NOCHE 32

ADVERTENCIA

Anoche estuviste espantosa, parecías una bataclana. Pero mejor, de nada serviría gustarles. Cuando una se enamora la cabeza se llena de golondrinas, sólo para caer en la trampa. Tranquilita te ponés a limpiar, levantás las mesas, repasás los estantes y cada una de las botellas. Vas a ver que tengo razón, trabajando no queda tiempo para pavadas. Que no se te acerquen. Las mujeres son estúpidas Irene. Una cosa he aprendido querida, no hay que creer ninguna historia. Te lo digo claro: basta que uno se te acerque y te cuente una para que confíes. Sólo con eso, falsas palabras, las mujeres se entregan en cuerpo y alma. No le creas a ninguno. No hay lugar mejor que esta casa. ¿Qué más querés? Con poco se puede estar bien, así, limpiando, cocinando para nosotras. ¿Cuánto podemos ensuciar las dos? Y como si fuera poco te das el gusto de cantar por las noches. Cuidá lo que tenés m'hijita.

¿Un hijo? Qué esperanza. Lo único que traen son problemas, y si no mirame a mí. Ahí tenés a la estúpida de Amalia, trabajando como un burro.

¿Corina? De eso no voy a hablar. ¿Cómo te atrevés a mencionarla?

NOCHE 33

SAN ANTONIO

Le he pedido al guardabosque que corte mucha leña, siento más frío que nunca, Joaquín. Se escarchan los vidrios por dentro. A las chicas les encantaba dibujar sobre el hielo de los vidrios, una flor, una casita con chimenea, humo y cortinas, un pino y una mamá sola, sin papá y tres nenas con polleras y coletas. Y el pino ¿Por qué siempre habrá un pino junto a las casas que uno dibuja? ¿Y por qué esa manía de dibujar casitas con chimeneas y cortinas y familias? ¿Acaso no podemos dibujar otra cosa? Una fábrica, el mar, un tren. No. Siempre una casita con familia. Y estas pobres dibujando una sin padre, como si no tuvieran. Bueno, lo mismo que nada, sólo simiente y abandono. ¿Mi culpa? No me hagas reír. De nada les serviría saber que te fuiste, que no hubo incendio, ni muertes. Fue difícil aceptar tu idiota, qué digo idiota, tu maldita decisión. Demasiado sufrí. Sobre mi cadáver tendrán que pasar, vos y el comisario, antes de que ellas lo sepan.

La leña está húmeda, chisporrotea y caliente poco, con lo que cuesta, este mes guardaré un fajo menos, se me irán cien de los grandes para estar entretenida por las noches, mirando el fuego. Lo único que faltaba, poner plata hasta para morir. Le he implorado a San Antonio, que siempre me ha ayudado a encontrar lo que pierdo, que busque mi muerte. Pero hasta él parece abandonarme y me hartó. Desde ayer lo tengo patas para arriba y no volveré a encenderle una vela hasta que me dé una señal, un indicio de que falta menos. Pero parece no haber santo ni plata

que sirva. Sería capaz de invertir, no digo todo pero buena parte de los fajos del entretecho, a cambio de una muerte repentina, sin el tormento de tu recuerdo.

Si supieras cuánto tengo, serías capaz de volver. Tendrías una vejez rodeada de lujos, y tus “ojos de agua” sirviéndote la comida y esperándote con la toalla al salir del baño. Dibujaríamos en los vidrios, la casa, la chimenea y una familia completa, como la que no tuvimos por tu culpa, sólo por tu culpa. ¡Te detesto! En la casita del dibujo dormiríamos abrazados, yo dándote la espalda, tu respiración tibia en la nuca, tu mano sobre mi cadera. Dormir sin bolsa de agua caliente ni miedo, sin preguntarme dónde estás.

Si algo se oyera, si la escarcha emitiera un sonido. La noche parece enorme por la claridad de la luna y el frío impiadoso. Las lenguas esbeltas y oscuras, los conejos en las madrigueras, las ovejas recostadas en la negrura del pasto, como si la vida se hubiera detenido, cada cosa en su sitio, cada persona en su sueño, el mundo. Para morir quisiera este silencio. Ser silencio.

Una casita, un pino, una chimenea, tu respiración tibia en la nuca, tu mano sobre mi cadera.

NOCHE 34

AMANECER

Amanecía cuando Amalia salió hacia la casa de su madre.

El día anterior la había preocupado el deterioro de Emma, que ya no podía disimular sus temblores, perdía peso y le costaba andar. Se alarmó por la caída de una taza, que Emma no pudo sostener. La taza se había inclinado, derramando el té sobre la falda de su madre, que resignada la dejó caer. Vio entristecida cómo mantenía los ojos fijos en la mancha, mientras que lentamente pasaba el dedo anular como queriendo borrarla y a Irene tratando de disimular la situación, secándola con un repasador, mientras hablaba de bueyes perdidos y servía nuevamente la infusión como si nada hubiera pasado.

Amalia había despertado sobresaltada con la certeza de que su sueño había sido premonitorio. Temió que su madre estuviera muerta.

Caminó los dos kilómetros desde el aserradero alumbrada por una linterna, tratando de dominar la respiración agitada, inhalaba y exhalaba por la nariz, levantaba los brazos y cruzaba las manos sobre la cabeza dejándolas caer bruscamente. Había soñado que Emma plantaba en el jardín cincuenta y tres estatuas de San Antonio, a eso lo tenía claro, eran cincuenta y tres, con la cabeza para abajo, formando una doble hilera y cuando la última estuvo enterrada, Emma se acostó entre ellas uniendo las manos sobre el pecho y gritando gracias Dios mío por escuchar mi ruego. Era aterrador, el corpiño sin rellenar, la mancha de té en la falda y lombrices saliéndole por los ojos.

El frío seco del alba acentuaba sus temores, su pensamiento se centraba en descubrir el pretendido insomnio de Emma, que llevaba treinta y cuatro días con sus noches. Saltó la tranquera. Sabía que el perro no ladraría. El farol de la cocina estaba encendido. Se acercó a la ventana en silencio, aunque temía que su madre oyera los latidos de su corazón. No podía controlar la agitación. La imagen de Emma la paralizó: su deterioro era atroz, el cuerpo parecía desaparecer en la inmensidad del sillón, se le cerraban los ojos y se inclinaba hacia un costado, próxima a caerse. Se enderezaba con esfuerzo y abría los ojos asustada, apoyando las manos huesudas en el regazo para mantener el equilibrio. Los ojos se hundían dentro de sus cuencas profundas. Las mandíbulas ensanchadas le transformaban las facciones. Amalia llora, ve que su madre suspira, sin parpadear y que se pasa la mano por la boca como si algo le molestara. Saca un pañuelo de abajo de la manga, no lo usa pero lo saca, lo dobla y lo vuelve a guardar, Amalia se conmueve ante el gesto familiar. Ve que intenta pararse, las ramas de los árboles proyectan sombras sobre la pared. Con dificultad, tambaleándose, Emma pretende alcanzarlas. Se apoya con una mano, mientras con la otra trata de apartarlas con gestos bruscos, que no parecen de ella. Amalia entra, no puede entender lo que dice su madre. Emma, inmersa en una maraña de sombras que se agitan pide largo de aquí, déjenme en paz.

NOCHE 35

EL REGRESO DEL COMISARIO

Fue lo peor que podía pasarme, que volviera cuando ya todo parece terminar. ¿Cuándo descansaré? El guardabosque escuchó en el pueblo que lo mandaron castigado. ¡Será idiota! Sólo él se cree semejante pavada, si vino ascendido. Ahora habrá que soportar su soberbia y su autoridad. ¿Qué hacer Joaquín, para que Irene no caiga en sus redes? La seducirá, estoy segura y tengo que impedirlo. ¿No decías que los que comparten colchón, comparten opinión? Mi secreto será su arma más poderosa. Estaré arruinada. Tendría que cerrar el bar y entonces por más autoridad que tenga no podrá acercarse. ¿Pero de qué viviremos? ¡No! Lo del entretecho no se toca. Dios mío, ayúdame a morir rápido, lo que pase después no me interesa ¡que se las arreglen! No estaré aquí para verlo. No doy más. Como sólo algún bocado que me de fuerzas para seguir despierta. Me estoy encorvando, es como si tu ausencia se apoyara en mis hombros, hundiéndome en una actitud suplicante. Arrastro los pies, tengo el pelo seco y ralo, las manos temblorosas. No soy yo. Me has convertido en una vieja despreciable, pero estoy empeñada en no perdonarte. Olvidarme de vos sería una manera de hacerlo y no pienso, no quiero, no voy a dejar de maldecirte mientras me quede aliento.

NOCHE 36

ACLARACIONES

Tengan la certeza de que el relato no se alterará si dejamos a Emma rumiando sus rencores, nada perderemos mientras las hijas se preocupan y disimulan. Ellas permanecerán en la cocina de muebles verdes y vidrios empañados manteniendo un incómodo silencio. Se mantendrá el perfume, el desasosiego, el santo boca abajo, las dudas, los secretos, las ausencias. Nos aproximaremos a Martínez, el famoso comisario.

Ya casi pisa los cincuenta. No ha encanecido aunque tiene entradas en la frente. Hombre de ojos saltones y cara colorada, muestra las encías cuando ríe y frunce la boca cuando no está de acuerdo con lo que escucha. A pesar de que no ha engordado tiene un vientre propio de la edad y la vida sedentaria que le cuesta disimular con el uniforme azul y el cinturón apretado. Sus borceguíes están siempre demasiado lustrados, considerando la nieve y el barro, tiene la manía, cada vez que llega al destacamento, de secarlos y frotarlos enérgicamente con una gamuza. Usa, desde que es policía, un anillo de sello en la derecha, regalo de su padre y una fina cadena de oro con una medalla de la Virgen de Itatí. Huele a colonia barata y tiene los dientes amarillos.

Dicen que ha vuelto castigado. Las malas lenguas aseguran que su jefe pidió el traslado, cansado de las acusaciones que al principio le costaban creer de tan leal servidor, un hombre orgulloso de pertenecer a la fuerza, que había ascendido socialmente. Provenía de una familia peronista de la primera hora. Su padre

era estibador del puerto y trabajador golondrina en las estancias durante las temporadas de esquila. La madre, analfabeta, mujer honesta si las hay, limpió y planchó en casas de familias acomodadas, hasta en la del intendente, que la gratificó con un puesto en el hospital regional, asegurándole ingreso y futura jubilación. ¿Cómo creer algo semejante de un miembro de familia tan decente? Cuando el río suena agua trae. Intimidaba a la esposa del jefe cuando oficiaba de chofer y le clavaba los ojos saltones a través del espejo retrovisor, demorándose en el escote. Ella fingía no darse cuenta hablando del tiempo, pero Martínez insistía: me gusta su perfume, huele usted como nadie, el jefe sí que es un privilegiado, comentaba, acrecentando el desprecio de la mujer. Aún así, lo que más la molestaba era el trato que daba a sus pequeñas hijas, les regalaba caramelos, las cargaba en sus hombros con las polleras levantadas por el viento que atravesaba el pueblo, para entrarlas a la escuela. El jefe no pudo desoír tantos comentarios. Su secretaria se cansó de denunciar que Martínez le tocaba los pechos cada vez que pasaba junto al escritorio, hasta una tarde que entró al baño de damas y lo encontró apoyado en el lavabo con el pantalón desabrochado y los ojos desorbitados. Que la solterona alucinaba, le dijo al jefe, que eso le pasaba por comedido, que estaba cambiando el cuerito de la canilla, que la vieja con las ganas que tenía se hubiera dejado conquistar con la primera propuesta. Me extraña jefe, no soy tan tonto ni tengo semejante mal gusto ¿Le vio los bigotes? Y soltó una carcajada. Al jefe le correspondía tomar medidas, entonces lo castigó con un premio: el regreso al peor destacamento de la isla, con un ascenso.

NOCHE 37

LA PRESENCIA DESEADA

Sólo por ser la muerte puedo acercarme a Emma, que me espera y me recibirá con beneplácito. Atravieso los muros, provocando una leve vibración. El perro ladra y el gato se acomoda junto al fuego, sintiendo mi presencia.

No estoy acostumbrada a que me deseen. Todos me temen. Hacen cruces con los dedos al nombrarme, agradecen a Dios cuando me evitan, sin sospechar que jamás lograrán evadirme.

Que Emma se convierta en el primer muerto de este páramo no es casual. Somos mujeres temidas y rechazadas. Me atraen sus conflictos y la decrepitud de sus últimos días. Trata de mantener la cabeza erguida, los ojos abiertos, forzándolos para no dormirse. La respiración dificultosa no alcanzaría a mover una pluma. Bajo la ropa se adivina la extrema delgadez de su cuerpo. Aún así, sigue crispada por viejos rencores.

NOCHE 38

NÁUSEAS

Tengo sueño, mucho sueño. Se me adormecen los pies y me pican los brazos, la cara, la cabeza. Siento arena en los ojos y me zumban los oídos. Se me retuerce el estómago y tengo náuseas. Me molesta tu olor. ¿De dónde sale? ¿Lo has olvidado aquí? No vengas a buscarlo. No quiero que me veas envuelta en tu aroma, a punto de vomitar. Me pican los brazos, la cara, la cabeza. Usaré tu olor para rellenar mi corpiño vacío. Los usaré a todos para mantenerme despierta: el de tu pelo mojado, la ácida transpiración, tu olor al despertar. El de tu semen y el de tu risa. Tu olor de hombre joven resistiendo los años. Creo que voy a vomitar.

NOCHE 39

AMALIA

Esa mujer enajenada que lucha con las sombras, atormentada, susurrando frases incomprensibles, gris, es mi madre o lo que queda de ella. Su interminable insomnio la destruye tanto como el desencanto de su propia vida.

Recuerdo sus palabras, tráguense las lágrimas, si piensan llorar háganlo a solas y en silencio, no queda bien andar mostrando las penas, nos dijo, y sus palabras se me grabaron. ¿Tanto teníamos que esconder? ¿Qué quedaba mal? Desafiando su orden, aprendí a buscar consuelo. Ella se equivocó. Pero mi valor desaparece cuando estoy a su lado y me trago las lágrimas. Da bronca que su mandato sea más fuerte que mis convicciones.

Se confunden nuestros temblores. Le tomo las manos queriendo decirle, acá estoy mamá, vine a ayudarla. Paso el brazo sobre sus hombros y la llevo al baño, no puede sola. Oculta su mirada avergonzada, le bajo los calzones, disculpándome, ella da vuelta la cara y suspira, le doy la espalda y le alcanzo papel para que se seque evitando inmiscuirme en su intimidad. Humedezco con agua tibia un paño y lo paso suavemente por la cara y el cuello. Su respiración se tranquiliza. Le pongo crema, tiene la piel seca y me doy cuenta que nunca la había acariciado. Me demoro. Le cepillo el poco pelo que le queda. No quiero arruinar este instante de cercanía y confianza. La ayudo a incorporarse. Elijo ropa limpia, suave y celeste. Me gusta como le sienta ese color, el mismo de sus ojos. La perfumeo. Como si fuera pequeña, le abrigo los pies, me mira agradecida. Me atrevo: ¿Qué le pasa mamá

que no puede dormir? Sos cansadora Amalia, me grita. Otra vez su ira, mi temor, el silencio.

Pretendo demostrarle que sus gritos no me asustan, acomodo la ropa sucia y le ofrezco mi brazo, que acepta.

Es imposible que no duerma como dice. Dormitará cuando no la vemos. ¿O será un proceso sobrenatural?

Nubes negras cubren el cerro. El cielo se ha puesto gris como mi madre.

Irene cocina. El aroma me recuerda otros tiempos, la infancia, el desafío de un nuevo día, mamá fuerte y protegiéndonos. Cuando en fila nos trezábamos el pelo para ir a la escuela, cuando estábamos todas y a Corina aún no la había tragado la tierra.

Parece que va a nevar, digo por decir algo. Mamá carraspea, tose, se ahoga. Le preparo un té con miel, mientras Irene le golpea la espalda y ella le grita me hacés doler, no seas bruta. La taza que le ofrezco se inclina derramando el té sobre su falda y otra taza cae. No voy a disimular, interrumpo a Irene cuando hablando del precio de la leña se acerca a secarla. Mamá tiene que ir al médico, bajaremos al pueblo mañana, antes de que empiecen las nevadas. Sabés lo que cobran esos asaltantes ¿Con qué vamos a pagar m'hijita? Estoy sana, se me fue el sueño nomás. Irene sonrío haciendo señas de que me calle.

Todos hablan de la voz de Irene, de su don de cantar como los ángeles. Yo creo, que su don es la tolerancia: sí mamá, está bien mamá, como usted prefiera mamá. ¿Y ella qué prefiere, qué busca, qué espera?

Sumisa y suave, así es Irene. Vive vidas ajenas y eso es lo peor que puede pasarle. Me asusta el dominio que mi madre ejerce

sobre ella. Sé que la convence de que los hombres son una porquería, que los hijos traen disgustos, que lo único bueno es trabajar. “Mejor que aquí, en ningún lado”. Sí mamá, como usted diga mamá. Y la pobrecita no es dueña ni de comprarse un par de zapatos.

Que lloremos en silencio, que Irene viva prendida a sus polleras, que no nombremos a Corina, que no confiemos en nadie, en todo eso se equivocó. Ella se preocupó por sostener la mentira de la muerte de nuestro padre. Y casi lo logra. Si no fuera por René jamás me hubiera enterado.

Su primer error fue enamorarse de un bohemio impredecible, con veleidades de músico. ¿Cómo le pudo pasar a ella? A la estructurada, calculadora y mandona Emma.

El cielo está cada vez más oscuro, parece que va a nevar. Quiero llorar pero me trago las lágrimas.

NOCHE 40

CUESTIÓN DE DINERO

¿Qué harán con mi dinero? Irene no sabe lo que tengo en el entretecho. Que no se meta a hurgar, va a descubrir las cartas de Corina y lo demás, todo es asunto mío, no tiene porqué meterse, pero en alguien tendré que confiar. Si pudiera como antes pararme en una silla para abrir la tapa... no tengo fuerzas ni para levantar la pierna. Perdería el equilibrio y podría caerme. Si me caigo, corro el riesgo de quebrarme y si me quiebro me acostarían y si me acuesto me duermo y si me duermo no me muero ¿Y entonces? Seguiría aquí, postrada, todas decidiendo por mí. Yo sabía que tenía que quemar todo. Maldigo la hora en que guardé la copia de la nota que envió Martínez comunicándote el incendio del bar y nuestras muertes. ¿Qué necesidad tuve de guardarla? No, necesidad no tenía. Estaba, por cualquier cosa, una nunca sabe. Es como el camión que guardamos sin estrenar, por las dudas. Me tranquilizaba ese último contacto, como si el papel fuera la causa de no vernos más. Muchas veces lo toqué, también vos podrías estar leyéndolo, estábamos unidos por una hoja ajada en la distancia. Fui estúpida. Ahora debo confiar en alguien que la saque y no la lea, en alguien que al buscarla no vea los fajos de billetes, el ahorro de tantos años de privaciones. ¿El guardabosque? Ni hablar. Aunque tal vez por unos pesos sea capaz de callarse. No, no voy a correr ese riesgo. Lo más seguro es que se lo cuente a Amalia. No sólo lo que hay, le dirá que quise extorsionarlo, eso dirá. No puedo confiar en nadie. Pero Irene debería saberlo, si ese dinero es para ella. Merecido lo tie-

ne, pobre hija, aunque de pobre no va tener nada. La única que se quedó a mi lado. A Corina no le faltará nada mientras esté con los curas y la otra tiene el hombre, por inútil que sea es un hombre. Si Irene fuera más viva buscaría la plata. Desde que no puedo alcanzar el entretecho, la guardo en la valija debajo de la cama, la valija de tu madre. A ellas les encantaba la herencia de papá ¡vaya cosa! Una valija de cartón desvencijada. La abrían para sentir tu olor, Joaquín.

Hace frío. El fuego de la salamandra no es suficiente para calmarme.

Cuando traté de plantar los bulbos de tulipanes, creí que los guantes entorpecían mis movimientos, al sacármelos comprobé que no me quedaban fuerzas ni para cavar un pequeño pozo en el canteiro. Si al dinero lo hubiera enterrado, como pensé más de una vez, tendría el mismo problema, necesitaría ayuda

Falta poco, lo sé. Siento un vacío en el pecho y la boca amarga. Busco el final pero le temo, no puedo imaginarlo. Un viento helado llega ahora del sur, retrasará la nevada. Se está despejando, alcanzo a ver el cerro. Si el último deseo se cumpliera, pediría regresar a la infancia de las chicas, todas junto a mí, haciendo una ronda para celebrar la primera nieve del invierno. Un muñeco y sus caritas coloradas. Frotarles las manos para darles calor. Tengo miedo.

Debo poner el corazón en paz ¿Cómo lograrlo si me arruinaste la vida? Ni siquiera puedo confiar unos pesos y un papel ajado que ya no interesa.

Corina. Quiero verla por última vez y no me atrevo a pedirle que venga.

No nevará. La nieve cubre, esconde, desdibuja caminos.

Habrá que sentarse y esperar.

NOCHE 41

RUIDOS

La luz de la mañana se demora. Interminables noches vive Emma murmurando improperios. Siente deseos de ir al baño, pero no puede hacerlo sola. Se enoja.

Grita tapándose la boca para que Irene no pueda oírla y se ahoga porque nadie acude al llamado. Aún no amanece y ella, impaciente, espera la llegada de Amalia.

Hay ruidos extraños, se irrita, no sabe de donde provienen. Quisiera controlar que las puertas estén bien cerradas pero no puede hacerlo. Ve por la ventana que el comisario Martínez se aleja. No, no puede haber sucedido. Tiene nauseas, toma un vaso con agua tibia para serenarse.

Debieran verla, temblorosa, apoyándose en las paredes. Abre la puerta del dormitorio de Irene que duerme de espalda, con la cara hacia la ventana entreabierta.

Irene, repite en voz baja hasta que logra despertarla, no vuelva a cerrar la puerta. Como usted diga, mamá.

NOCHE 42

IRENE

Temo que mi madre se haya dado cuenta. Tal vez recuerde el olor que un hombre deja entre las sábanas.

NOCHE 43

CARTA

Mamá querida:

Le escribo rogando que esta vez tenga la bondad de contestar. ¿Es mucho pedir? Entienda mi preocupación.

Hoy vino el indio a la Misión Salesiana y como siempre tuvo la amabilidad de retirar mis cartas y traerme noticias. Dijo que la vio desmejorada. Temo por su salud, me cuenta que la vio pálida y ojerosa, que arrastra los pies como si no tuviera fuerzas. Piense en venir al pueblo. Los padres son muy buenos y no tendrían inconvenientes en alojarla aquí. Podríamos consultar al médico y compartir algunos días, después de tanto tiempo. Irene puede hacerse cargo del bar. La extraño, mamá. Si no está de acuerdo, al menos concédame permiso para visitarlas.

Aunque mis días son agotadores me cuesta conciliar el sueño. Pienso mucho en ustedes últimamente. Como ya sabe, me levanto temprano para amasar el pan y preparar el desayuno de curas y pupilos. Mientras están en clases, limpio los dormitorios y preparo el almuerzo. Es tiempo de conservas de frutas y verduras de la huerta, se aproximan las nevadas. Le mando unas mermeladas hechas por mí, para que comparta con Amalia e Irene.

Ayudo a los más pequeños en sus tareas escolares y cuando puedo, les hago galletas, bizcochuelos o remiendo sus ropas. Me apena que estén tanto tiempo sin ver a sus padres. El invierno se hace largo y son pocos los que reciben visitas. Trato de hacerles los días más llevaderos, a pesar de que trabajan duro en la granja y les exigen lecciones a diario. Los fines de semana son más dis-

tendidos, juegan a la pelota y se acuestan más tarde. Los domingos nos sentimos solos y lejanos. Es cuando más las recuerdo. Sinceramente creo madre, que ya es tiempo de olvidar viejos dolores. Debiera usted perdonarme si la ofendí. Por mi parte no guardo rencor y mi único deseo es estar cerca suyo y encontrarme con mis hermanas.

Cuídese mamá, aliméntese y descanse. Le prometo no hablar del pasado. Espero su respuesta.

Su hija que la quiere

Corina.

NOCHE 44

DESAMPARO

Insiste en venir a vernos. ¿Te das cuenta de lo que te dije? ¿Cómo se verá con casi treinta años? No puedo imaginarla. Quisiera tenerla a mi lado pero me cuesta creerle. Cuando se fue era casi una niña pero tuvo una valentía que aún me sorprende. Partió sola y mantuvo su decisión de no perdonarme. Qué pretendía. No podíamos acusar a Martínez. ¿Quién iba a aceptar que el comisario abusara de ella? Cómo sobrevivir enfrentada al poder. Estábamos una vez más, desamparadas. ¿Por qué no hice nada, Joaquín? ¿Por qué no la defendí? Mi miedo a la verdad fue más fuerte que mi responsabilidad

Para mantenerte distante no la protegí.

Dice en su carta que no guarda rencores, que promete no hablar del pasado. Ni aunque lo jure lo logrará. Si viene encontrará al comisario en una mal disimulada intimidad con Irene, que otra vez soy incapaz de impedir. Debo confiar en ella aunque me cueste. Necesito confiar. Y morir.

NOCHE 45

ERRORES

Temblorosa y somnolienta ve debilitarse su poder. Aún encerrada en sus dominios, la temible Emma duda, vislumbra errores. Puertas y ventanas infranqueables se han vuelto sólo apariencia en esta casa que parece la de siempre, con su escalerilla baja y sus paredes recubiertas con chapas acanaladas que no logran, esta noche, apaciguar el viento de la meseta.

Es un deseo fuera de tiempo, pretender que Joaquín sea el responsable del desgobierno de esta familia, cuando desde hace años no es más que un retrato. Los recuerdos de Emma son impiadosos. Equivocada, cree que alcanzarme es un proceso doloroso que responde a leyes naturales o divinas. Acumuló rencores y frustraciones, no se atrevió a pensar que si hubiera tenido capacidad para comprender aquel abandono, no hubieran sido cuatro gatos locos, sino una madre con tres hijas protagonizando una historia, como cualquier otra. Irene no correría el riesgo de enamorarse del abusador de Corina. Valorando que Amalia tenga lo que Emma añora, René, el guardabosque, no sería “un paraguayito vago y desdentado”.

La dignidad no se alcanza tragándose las lágrimas, ni con dinero acumulado sin decoro en el entretecho.

NOCHE 46

DESORDEN

Joaquín, ya no soporto el tormento de otra noche. Corina. Irene y el comisario. Amalia. El frío y el guardabosque. Y yo cubriéndome las piernas con esta manta orinada.

NOCHE 47

JUEVES

Hace frío en la cocina. Débiles brasas se mantienen encendidas. Emma ya no puede moverse. Trata de agarrar un vaso que resbala de su mano y cae. El mareo se acentúa. No ha comido en todo el día. Es jueves, Amalia ha traído un pan horneado esta mañana. Quita la costra dura que lo recubre. Tierna, la miga huele a levadura. No puede dejar de llorar, ni se preocupa en conseguirlo. Está sola, es lícito. El sabor salado, inconfundible, penetra por sus labios. El mareo no cede, intensifica la confusión de los oídos.

Pronto amanecerá. A su pesar Emma habrá sobrevivido otro día, con su noche.

NOCHE 48

AMALIA

Mi madre lleva cuarenta y ocho días sin dormir. Me cuesta creerlo. Con Irene nos esforzamos en descubrirla. Algunas noches, de madrugada, pedí a René que la espiáramos por las ventanas. La vimos alucinar, pelear con la sombra de los árboles, caminar con esfuerzo, dar pasos inseguros apoyándose en la mesa. Al principio, avivaba el fuego, hurgaba cajones, contaba dinero. Casi siempre hablando, despacio, para que nadie la oyera. Llegué a pensar que conversaba con sus muertos. La he visto buscar whisky, desesperada, insultando, pasándose la mano por la boca, como tratando de alejar el deseo. En ocasiones le rezaba a San Antonio y otras lo ignoraba, poniéndolo con la cabeza para abajo. Es imposible que continúe despierta o acaso duerme con los ojos abiertos.

Huesuda. Pareciera que las venas van a atravesarle las manos y la garganta. No es suyo ese sosiego en la mirada, esa resignación.

NOCHE 49

MANTA

La higienizo, huele a orina. Le lavo el pelo y al tenerlo mojado, se ve más pequeña e indefensa. Es una anciana. Mi anciana madre. Permanece casi toda la tarde callada, permitiéndome tomarla de la mano. ¿Recuerda cuando nos enseñaba a tejer cuadrados de colores? Contesta con un esbozo de sonrisa.

Dice: Corina, pequeña ya es tiempo de que vuelvas. Yo continuó: los uníamos alternados en una gran manta que nos cubría a las tres para escuchar sus cuentos ¿lo recuerda, mamá? Hubo un tiempo distinto, hermoso. Usted nos decía que todo era posible. No volvió a contestarme.

NOCHE 50

IRENE

A buena hora decide venir, la cretina. Cuando la vieja está con una pata del otro lado. Y Amalia conmovida, la señora perfecta, apañando a la moribunda, cumpliéndole los últimos deseos. Ahora, cuando lo único que me faltaba era sacar la guita del entretecho para irme con Martínez. Hijas de puta, pretenderán un reparto “justo”. Como si merecieran algo. Lo que hay es mío, que la aguanté solita mientras ellas hacían sus decentes vidas. Ahora se acuerdan. Después de manoseos y groserías, después de vivir como sierva, “estuviste espantosa anoche, querida”, mientras ella se llenaba los bolsillos, mejor limpiá, cociná, los hombres te harán sufrir, como si me hubiera regalado el paraíso. Como si existiera alguien peor que ella, mi propia madre.

“Ojala florezcan los tulipanes”. Hasta flores pretenden para esperar a la mojigata criada por los curas.

¿Y si te encierro en el baño, mamita? Y me llevo lo que es mío, desbaratando tus planes y te demuestro que no soy un tútere. ¿Y si arruino tu sensiblera muerte, como vos arruinaste mi vida, diciendo que te odio?

NOCHE 51

NIEVE

Irene no tuvo valor para llevar a cabo sus planes, pero logró incomodar el reencuentro, profundizando los silencios y las distancias que los años y Emma habían impuesto.

Corina llegó cuando a su madre se le cortaba el aliento. La abrazó como nadie. Mantenía el cuerpo joven y la sonrisa que todas recordaban. Lloró igual que cuando era niña. Acostó a Emma pidiéndole que descansara, ella estaría a su lado. Aferrada a la mano de Corina logró relajarse. Iniciará el lento paso que el alma necesita para abandonar el cuerpo.

Ha empezado a nevar.

NOCHE 52

MEDIANOCHE

Un temblor sube por mis pies, recorre mi vientre, los hombros, me eriza el pelo. Mis manos no pueden apresarte Joaquín, recuéstate a mi lado sólo esta noche, después puedes irte. Déjame morir con tu tibio aliento en la nuca, tu mano en mi cadera.

Dicen que ha pasado medianoche. Siento que la muerte se acerca por los muros y atraviesa los cristales. No tengo miedo. Me cargará en sus brazos como en noche de bodas, transparente, por el camino escarchado.

NOCHE 53

CORINA

Mi madre murió pensando que no lo sabía.

Hace cinco años participé de una convivencia, organizada por los salesianos en una comunidad toba de la selva chaqueña. Como despedida nos ofrecieron una fiesta amenizada por la orquesta del lugar. Es común, en esos encuentros, que en una pausa el cantante pregunte la procedencia de los participantes. Cuando dijimos que veníamos de la isla, el hombre que tocaba el acordeón se acercó a mí. Disculpe, me dijo, yo viví en aquel lugar. Lloró al contarme que su mujer y sus tres hijas habían muerto cuando se incendió la casa en donde tenían un bar. La más pequeña tendría su edad.

Incrédula ante mis propias palabras, me oí decirle que no las recordaba.

Se llamaba Joaquín.

En la noche enorme de su muerte, asumiré mi orfandad con su secreto.

AUTORIDADES PROVINCIALES

Gobernador de la Prov. de Buenos Aires

D. Daniel Scioli

Gobernador de la Prov. de Catamarca

D. Eduardo Brizuela Del Moral

Gobernador de la Prov. del Chaco

D. Jorge Milton Capitanich

Gobernador de la Prov. del Chubut

D. Mario Das Neves

Gobernador de la Prov. de Córdoba

D. Juan Schiaretti

Gobernador de la Prov. de Corrientes

D. Arturo Alejandro Colombi

Gobernador de la Prov. de Entre Ríos

D. Sergio Daniel Urribarri

Gobernador de la Prov. de Formosa

D. Gildo Insfrán

Gobernador de la Prov. de Jujuy

D. Walter Barrionuevo

Gobernador de la Prov. de La Pampa

D. Oscar Mario Jorge

Gobernador de la Prov. de La Rioja

D. Luis Beder Herrera

Gobernador de la Prov. de Mendoza

D. Celso Alejandro Jaque

Gobernador de la Prov. de Misiones

D. Maurice Fabián Closs

Gobernador de la Prov. del Neuquén

D. Jorge Augusto Sapag

Gobernador de la Prov. de Río Negro

D. Miguel Ángel Saiz

Gobernador de la Prov. de Salta

D. Juan Manuel Urtubey

Gobernador de la Prov. de San Juan

D. José Luis Gioja

Gobernador de la Prov. de San Luis

D. Alberto Rodríguez Saá

Gobernador de la Prov. de Santa Cruz

D. Daniel Román Peralta

Gobernador de la Prov. de Santa Fe

D. Hermes Juan Binner

Gobernador de la Prov. de Santiago del Estero

D. Gerardo Zamora

Gobernadora de la Prov. de Tierra del Fuego

D. María Fabiana Ríos

Gobernador de la Prov. de Tucumán

D. José Jorge Alperovich

Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

D. Mauricio Macri

Este libro se terminó
de imprimir en
Titakis Servicios Gráficos
en el mes de Agosto de 2009
Av. Donato Alvarez 1532 (1416) C.A.B.A.
Tel.: (5411) 4581-3283 / 4584-9338
e-mail: titakis@titakis.com.ar

PROGRAMA DE CULTURA

El Consejo Federal de Inversiones, como organismo federal, brinda las herramientas necesarias para aportar al desarrollo y crecimiento armónico de todos sus Estados miembro.

Esta transformación es consistente y sostenible si la acompaña un proceso de enriquecimiento de las identidades regionales, a través de la puesta en valor del patrimonio cultural y del impulso a todas las manifestaciones artísticas.

Con ese propósito, el CFI viene desarrollando distintas actividades en el marco de su Programa de Cultura. En el transcurso del año 2008 merecen destacarse: el concurso Bienal Premio Federal; las asistencias técnicas presenciales para artistas y gestores culturales, con la intención de colaborar en la organización de los congresos provinciales; la participación activa en la Junta Ejecutiva del II Congreso Argentino de Cultura; la gira por la región NOA de la Muestra Itinerante de los Premios Federales y la Muestra Federal de Artistas Argentinos, con su ciclo "Argentina de Muestra", en la que se promueven a los mejores exponentes de las artes visuales, la literatura, la música, el teatro y la gestión cultural.

Esta publicación ofrece uno de los trabajos premiados en Letras en 2008, por su calidad expresiva y para deleite de los lectores.

AUSPICIAN



CONSEJO FEDERAL DE INVERSIONES

San Martín 871 • C1004AAQ • Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Telefax: (011) 4317- 0700 • www.cfired.org.ar